

*Palabras del Académico Almirante Isaac Francisco Rojas  
agradeciendo la demostración*

Amigas y amigos:

Sean mis primeras palabras la expresión de mi agradecimiento a todos ustedes por haberse reunido esta noche para demostrarme sus sentimientos hacia mi persona en vísperas del octogésimo aniversario de mi nacimiento. En efecto. Nací el 3 de diciembre de 1906 a las 13.15 horas en la calle 24 de Noviembre 245 de esta ciudad, donde quedaba la casa de mi abuela materna, doña Zelmira Araujo de Madariaga.

Eran mis padres Doroteo Rojas Figueroa, natural de Los Pozos, Santiago del Estero y Carlina Madariaga Araujo, nacida en Paso de los Libres, provincia de Corrientes. Ambos procedían de viejas cepas españolas trasplantadas a suelo americano en el siglo XVI los ancestros de mi padre, y entre este siglo y el XVIII los antecesores de mi madre. Aquéllos, de los primeros descubridores y conquistadores, mezclaron su sangre con nativos del norte argentino, el antiguo Tucumán descubierto en 1542 por el intrépido capitán burgalés Diego de Rojas. Los Rojas han sido rastreados hasta 200 años antes de Cristo. Se llamaban Rosas y eran navegantes del Mediterráneo, posiblemente de origen griego. Aún existe la población de Rosas en el golfo del mismo nombre al norte de Cataluña. La dominación romana les cambió la s por la x. Eran Roxas. Una rama, pasó a las cercanías de Burgos y Biviesca. Cuando nació el idioma castellano durante la invasión visigoda pasaron a llamarse Rojas. Los Madariaga procedían de Bilbao. El

10 de junio de 1770 mi antepasado, el capitán de navío Juan Ignacio de Madariaga, al mando de una flotilla española arrojó de las Islas Malvinas a los ingleses a puro cañón, quedando nuestras de hecho y de derecho hasta el alevoso ataque de 1833 cuando ya éramos independientes. Los parientes colaterales, generales correntinos Joaquín y Juan Madariaga Acosta, fueron acérrimos enemigos del tirano Rosas y lo combatieron con las armas hasta su caída en Caseros. Mi tatarabuelo Joaquín Lucas de Madariaga y Respaldiza, votó, el 22 de mayo de 1810 en el Cabildo por la destitución del virrey Cisneros. Los Figueroa, de Extremadura, lo mismo que los Araujo; los López de Asturias, donde pelearon en el siglo VIII en Covadonga con don Pelayo iniciando la Reconquista cristiana de la Península. En fin. Que corre por mis venas sangre española y americana de lo que me siento orgulloso sin experimentar el más mínimo sentimiento de superioridad sobre ninguno de mis compatriotas pertenecientes a linajes de otros lugares de la tierra. Santiago del Estero, Corrientes, Buenos Aires y el Paraguay fueron la cuna de mis ancestros americanos a los que rindo el homenaje de mi recuerdo y, en particular a mis padres que me dieron la vida e iniciaron mi formación con el ejemplo invalorable de su conducta, laboriosidad, apego a las tradiciones familiares, amor a la patria y a la religión de mis mayores.

Siento sobre mis espaldas el peso honroso de muchas generaciones de argentinos algunos de cuyos integrantes prestaron importantes servicios a la Nación y hasta perdieron la vida por ella.

Entre los primeros libros que me acercó mi madre recuerdo la Historia Sagrada. Ella nos enseñó a rezar el Bendito de rodillas todas las noches, a respetar la ley de Dios y la autoridad paterna.

Por esos tiempos no había radio ni televisión. Nosotros leíamos mucho; todo lo que nos venía a la mano. En nuestra casa paterna y en la de nuestra abuela materna había pequeñas bibliotecas. Eran suficientes y, además, leíamos otros libros. Así, leí (sin entenderlos mucho por supuesto), *El paraíso perdido*, de Milton, *Fausto*, de Goethe, y los que sí entendía, como *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después*, *El vizconde de Bragelonne* y *El conde de Montecristo*, de Dumas padre, así como *La dama de las camelias* de su hijo, *María*, de Jorge Isaac (que me

conmovía hasta las lágrimas), *Matilde o las Cruzadas* de madame Cottin, *Historia General de Francia*, de Guizot, *Los Miserables* y *El jorobado de Notre Dame*, de Víctor Hugo, *Ivanhoe*, de Walter Scott, *Robin Hood*, *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, todas las novelas de piratas y aventuras de Emilio Salgari, *Corazón*, de Edmundo De Amicis, la colección completa de la revista española "Hojas Selectas", todas las obras de Julio Verne y, entre otras, *El Tesoro de la Juventud*, *Recuerdos de Provincia*, *Juvenilla*, *Amalia* y *El país de la selva*, de Ricardo Rojas.

Infaltablemente leíamos la revista semanal para chicos, "Tit-Bits", que traía inolvidables cuentos, entre ellos "Las aventuras del doctor Duval". Y claro, me estaba olvidando de las estupendas novelas de Carlos Dickens, las de Charles Perrault, las de Conan Doyle, las de Gastón Leroux y por supuesto, el infaltable *Crimen y Castigo* de Fedor Dostoievski, que tampoco alcancé a entenderlo a los 12 ó 13 años de edad. También, *Las mil y una noches*, de punta a punta, en edición sin ilustraciones y los maravillosos cuentos de Andersen.

Muchas de estas obras pertenecían a la colección tan cuidada de la Biblioteca de "La Nación".

Comencé a leer "Caras y Caretas" en la casa paterna. Cuando murió mi padre me inicié en la lectura diaria de "La Prensa" en la casa de mi abuela materna, junto con "La Razón" y las revistas "El Hogar" y luego "Atlántida".

Cuando "La Prensa" fue confiscada, en 1951, pasé a leer diariamente "La Nación". A partir del 3 de febrero de 1956 leo los dos grandes matutinos. En Puerto Belgrano leía "La Nueva Provincia", otro gran baluarte de la libertad. Ahora, también la leo diariamente, y "La Capital" de Rosario, de vez en cuando.

La literatura que he citado anteriormente era la que leía de niño y de adolescente, fuera de la que se me indicaba en la escuela. Cierta vez, estando en segundo año del colegio nacional, nuestro profesor de castellano, el señor Roberto Giusti, nos indicó la lectura y el aprendizaje de memoria de unas poesías de un clásico español. En la clase siguiente me hizo pasar al frente y hacer el recitado, lo que cumplí correctamente. Entonces me preguntó: "¿Quién es el autor?". Yo lo había olvidado. El profesor Giusti —con quien mantuve años después relación cordial— poco menos que se escandalizó y nos dijo: "Se puede olvidar el nom-

*bre de la obra, pero jamás el del autor".* Era una poesía de Góngora y Argote. En efecto. Olvidé la poesía pero no el nombre ilustre.

### *Mis padres*

Nuestro padre era un hombre serio, reservado, que hablaba poco y reposadamente. Jamás oí de sus labios una voz fuera de tono. Cuando aprendimos a leer, en 1913, nos llevó al cinematógrafo. Vimos los primeros episodios de una película histórica. Pintaba a los bárbaros germanos invadiendo el Imperio Romano.

En agosto de 1914 estalló la Primera Guerra Mundial. Nuestro padre nos dijo que era una cosa muy grave y seguía los movimientos de los ejércitos en un gran mapa que había colgado en una pared. Luego, a fines de ese año, enfermó de una dolencia incurable por lo que resolvió trasladarse con toda la familia a la ciudad de La Banda, en Santiago del Estero. Antes de partir de Buenos Aires nos llevó a mi hermano mayor y a mí a conocer el mausoleo que guarda los restos del Libertador en la Catedral Metropolitana. Luego hicimos una larga visita al Museo Histórico Nacional. En enero de 1915 había entrado al puerto de la capital el acorazado "Rivadavia" de 30.000 toneladas, uno de los buques más poderosos del mundo, en su viaje inaugural desde los Estados Unidos. Poco después fue seguido por su gemelo, el "Moreno" y por los torpederos construidos en Alemania. Era parte de la flota que correspondía a la importancia política que había adquirido la Argentina, a su floreciente economía, como también a los recelos infundados que este progreso vertiginoso provocaba en el Brasil y en Chile. El gobierno nacional, convenientemente asesorado por los jefes militares atentos a los imperativos de la defensa nacional y no a otras motivaciones ajenas al espíritu pacífico de nuestro pueblo, no podía dejar de considerar las hipótesis de conflictos que planteaban a la Argentina las políticas de los vecinos y sus respectivos potenciales. De ahí que los gastos en armamentos, a los que nuestra economía podía responder holgadamente, no levantasen resistencias invencibles en el Congreso ni protestas en la opinión pública.

Es que los varones de la República de aquellos tiempos sabían, antes de que lo hubiese pensado y escrito Or-

tega y Gasset, "que la guerra... era un medio que habían inventado los hombres para solventar ciertos conflictos" y que "la renuncia a la guerra no suprime esos conflictos. Al contrario, los deja más intactos y menos resueltos que nunca".

Nuestro padre quiso que mi hermano mayor, Aurelio Adolfo, y yo, visitásemos el acorazado "Rivadavia" que acababa de llegar de los Estados Unidos y estaba en Dársena Norte. Así lo hicimos en una calurosa tarde de febrero de 1915, llevados de la mano de un amigo de la familia, el joven Salvador Cabrera, correntino, aventajado alumno de la Escuela de Mecánica de la Armada y hermano de Ramona, una muchacha ayudante de mi madre que se crió junto con nosotros y luego la acompañó hasta que se casó y se fue de nuestro hogar para formar el suyo. Volviendo al "Rivadavia", los enormes cañones, las amplias cubiertas, los altos mástiles, todo nos impresionó como algo muy fuerte, ordenado e invencible. Yo tenía siete años y hacía dos que había pensado ser oficial de marina. Es posible que la impresión recibida en el acorazado "Rivadavia" haya afirmado mi vocación naval. Estas visitas instructivas dispuestas por nuestro padre ya enfermo, fueron las penúltimas lecciones que de él recibimos. Estas visitas siempre me parecieron sus llamados para despertar nuestro espíritu patriótico, cuando sabía que pronto iba a morir.

Sus últimas lecciones fueron esencialmente morales. Tendido en su lecho de muerte las impartió a mi hermano mayor y a mí la tarde de un 4 de julio de 1915, víspera de su deceso. Nos hizo llamar con nuestra madre, le pidió que se retirara, nos hizo tomar de la mano a los pies del lecho y nos dijo con su voz muy débil: "*Sean siempre hermanos muy unidos y no abandonen jamás a su madre*". Creo que cumplimos con su postrer mandato.

Mis padres se conocieron en Buenos Aires y formaron su hogar en esta ciudad. Él era santiagueño, farmacéutico, y ella correntina. Yo nací en la casa de mi abuela materna, calle 24 de Noviembre 245, barrio del Once.

Mi padre abrió su primera farmacia en la calle Triunvirato 1201, ahora Avenida Corrientes, esquina Darwin. En 1913 trabajaba muy bien y había adquirido otra farmacia por el barrio Sur. Pero, en 1914 enfermó gravemente. Conociendo que su mal era incurable resolvió trasladar su farmacia a La Banda (Santiago del Estero) para morir

en la tierra que lo vio nacer. Se cumplieron sus deseos y murió el 5 de julio de 1915.

Mi madre, que entendía muy poco de negocios, se trasladó con nosotros tres a Buenos Aires a principios de 1916. Perdió lo poco que mi padre le había dejado y en 1919 fuimos a vivir a la casa de su madre, en la calle 24 de Noviembre. Carente de todo recurso, un primo de mi padre, el mayor don Ricardo Fernández Rojas, con cuya familia habíamos mantenido siempre estrecho contacto, le solicitó al presidente Yrigoyen un puesto en el Correo para mi madre, el que le fue otorgado y ella empezó a trabajar diariamente las horas reglamentarias. Cuando el doctor Marcelo T. de Alvear asumió la primera magistratura, otorgó a mi madre, de quien era pariente por los Balbastro, un subsidio. Tenemos pues, con estos ex presidentes, deberes de reconocimiento moral y personal muy hondos e inolvidables.

Cuando mi padre murió, muy joven, en 1915, tres mujeres nos cuidaron y nos sostuvieron a los tres hermanos: nuestra madre, su madre y su hermana menor, Zelmira Madariaga Araujo. Ellas continuaron mi formación, la del carácter principalmente, en la vieja casa matriarcal. Antepusieron por sobre todas las cosas, en la educación impartida, el sentido del cumplimiento del deber, de la dedicación al estudio, del decoro personal, del buen comportamiento en el hogar y en la calle, de la urbanidad, de la consideración ante el dolor y la necesidad.

Pertenecientes a familia de militares y guerreros, estas mujeres nos enseñaron a honrar y respetar a las Fuerzas Armadas como custodias avanzadas de la defensa nacional. Nos inculcaron normas y principios que rigen la conducta correcta en la vida y de ellas aprendimos a discernir entre el bien y el mal.

Nací y crecí en un hogar donde se rendía culto a Dios, a la familia, a la patria y se obedecía el principio de autoridad. El vacío que había dejado el jefe de la familia fue llenado y ampliamente cumplido por estas tres mujeres Madariaga, correntinas. A su recuerdo inolvidable y al de mi padre, tributo ante ustedes, que son mis amigos y entre los cuales se sientan algunos parientes, el homenaje más sentido de mi entrañable amor y gratitud.

## *Las primeras letras*

Aprendí las primeras letras en una escuelita del Estado que quedaba en la calle Darwin y Córdoba de esta ciudad. Recuerdo con emoción a mi primera maestra, la señorita Caravallo. Seria, delgada, de alta figura, pasados diez años, una vez la vimos en la calle. Nos reconoció al punto y nos besó con afecto. Allá por el año 1911 ella nos enseñó a cantar "A mi Bandera" cuyas estrofas entonábamos indefectiblemente junto al mástil todas las mañanas antes de la primera clase.

Después tuve otras maestras. Una de ellas cuando cursaba el segundo grado en La Banda, Santiago del Estero, era la señorita Uriondo, una joven y lindísima santiagueña, hoy bisabuela residente en Buenos Aires con la que he intercambiado cartas no hace mucho tiempo. Tuve una gran emoción al saber que "la señorita Uriondo" también se acordaba de mí. Habían pasado setenta años desde 1915, la época triste de la muerte de nuestro padre en La Banda, el querido terruño de su infancia y juventud.

Terminé la escuela primaria en el curso de aplicación de la Escuela Normal de Profesores Número Dos —ahora Mariano Acosta— de la calle General Urquiza y Moreno. Recuerdo —entre otros—, a los profesores Bussico, Bernardelli, Ardisone, al de música Constantini, al de trabajos prácticos Zanotti y muy particularmente al de dibujo, el afamado maestro Walter de Navazio. Tengo en mi casa una hermosa tela pintada por él aunque ya por aquel entonces su vista estaba enferma. Era nuestro rector el profesor Valentini cuya persona nos inspiraba un respeto casi sagrado. De vez en cuando paso por nuestra vieja Escuela Normal, creación del gran Sarmiento.

Tengo bien presente la alta calidad de su cuerpo de docentes, directivo y administrativo y la estricta disciplina que reinaba en todas sus actividades y dependencias. Recuerdo a mis compañeros Villalba y Correa Morales, entre otros.

Primero, segundo y tercer años los cursé en el Colegio Nacional Mariano Moreno, de la Avenida Rivadavia y Bustamante. Su rector era el doctor Derqui, otro símbolo de la rectitud y de la austeridad. Recuerdo a muchos profesores eficientes, severos y correctos. Entre ellos a Ro-

berto Giusti, Henriquez, Gaibisso, Garín, Daireaux Molina, Smith, Brenner, Beaudoin, Lucena, Lanatta, etc.

Entre mis muchos ex condiscípulos del colegio nacional Mariano Moreno recuerdo a Manuel Robledo Loza, Andreoni, Monlao, Boeri, Genta, Peluffo, Acquavela, Musitani, Márquez, dell'Amico, Spotorno, Hunley, Perazzo, Rodríguez Araya, Llauro, Mariani, Piquetto, Anabia. Muchos han muerto y con algunos mantengo contacto.

El "Mariano Moreno" era también un templo del orden, de la disciplina y de la buena educación.

### *Mi vocación naval*

Desde que tengo conciencia o poco después, mi decisión estaba tomada.

Sería oficial de marina. A ello contribuyó fuertemente la estrecha relación que tenía con mi hogar un primo hermano de mi madre, Gregorio A. Portillo Araujo que cursó la Escuela Naval entre 1911 y 1916. En los veranos de 1912 y 1913 me llevó a pasar las vacaciones a su provincia que era Corrientes. Allí, en los arroyos y tajamares de Cruzú Cuatiá me enseñó a nadar, pero nunca pude aprender a andar a caballo. Allí y hasta mucho después me hablaba de la Armada, de los buques y de la vida en el mar. Portillo alcanzó el grado de contralmirante y fue un destacado oficial aviador naval, a quien nuestro país debe los más serios e importantes estudios sobre los Canales Laterales del Río Bermejo y el desarrollo de la iniciativa del proyecto del túnel subfluvial Santa Fe-Paraná. Yo, le debo a él haberme iniciado en mi vocación naval.

El acicate tenaz, nunca abandonado, durante mi niñez y adolescencia, que guiaba mis estudios y conducta, era capacitarme para ingresar a la Escuela Naval. Lo logré en enero de 1923 al terminar el tercer año del Colegio Nacional, según me lo había aconsejado y dispuesto mi madre.

Como no disponía de fondos para costearme un profesor o una academia, su decisión fue muy acertada. Antes de finalizar el tercer año del nacional, me preparé solo estudiando el programa de ingreso al curso preparatorio de la Escuela Naval que me resultó sumamente fácil.

Siempre había sido un estudiante aplicado, por lo que nunca había rendido exámenes para pasar de año. Mi ma-

dre estaba preocupada por el examen de ingreso a la Escuela de Río Santiago, que sería el primero que rendiría. Yo no participaba de sus temores y los resultados me dieron la razón. Ingresé con un buen puntaje el que fue creciendo hasta ubicarme al cursar segundo año (1925) en el segundo puesto de la promoción 54, que era la mía. Mi gran amigo y compañero, Raúl Domingo Arambarri —ahora contralmirante— un muchacho muy inteligente, estudioso y de nobles sentimientos, fue el número uno de la promoción por méritos propios.

En enero de 1928 egresé como guardiamarina siendo mi primer destino el acorazado "Rivadavia", aquella soberbia y poderosa nave que había visitado catorce años antes. En septiembre de 1958, después de haber alcanzado el grado de almirante otorgado por ley del Congreso de la Nación, pasé a la situación de retiro efectivo.

Mi carrera naval se desarrolló normalmente. Tuve variados destinos en el Servicio de Hidrografía Naval (zona al Sur de Puerto Belgrano, Tierra del Fuego, Canal de Beagle e Isla de los Estados), en la Escuadra de Ríos, en la Flota de Mar, en la Escuela Naval, en la Comisión Naval en Gran Bretaña, en el ministerio de Marina. Fui comandante del rastreador "Bathurst" (buque de instrucción de la Escuela Naval), del rastreador "Bouchard" (de la Escuadra de Ríos), del guardacostas "Pueyrredón" (buque escuela de artillería), de la Fuerza de Acorazados en Reserva y del crucero "9 de Julio".

Siempre coseché provechosas experiencias. En el mar, desde el Cabo de Hornos hasta las costas del río Paraguay, Río de Janeiro, Valparaíso y la travesía del Atlántico desde Gran Bretaña hasta Puerto Belgrano, todo ello precedido por el viaje de instrucción del año 1928 en la fragata "Presidente Sarmiento", que duró casi once meses recorriendo casi 39.000 millas.

Durante mi comisión en la Isla de los Estados tuve la suerte de poder atravesar el Estrecho de Le Maire con buen tiempo a bordo de una lancha de sondajes para llevar un marinero herido desde la isla hasta las cercanías de Ushuaia, el 26 y 27 de diciembre de 1935.

El momento culminante de mi carrera naval ocurrió un 18 de septiembre de 1955 cuando, estando embarcado en el patrullero "Murature", fondeado en la boca del Río de la Plata, recibí un despacho de la nave almirante de la

Flota de Mar, a las 11.30 horas que decía: "Pasaré por su costado de estribor para rendirle los honores que prescribe el Reglamento de Ceremonial Marítimo correspondientes a comandante en jefe de la Flota de Mar". Instantes después desfilaron gallardamente el entonces crucero "17 de Octubre" —más tarde "General Belgrano"— seguido por su matalote de popa, el crucero "La Argentina". Al tope del palo mayor del primero flameaba la insignia azul con cuatro estrellas, mientras atronaban el aire las diecisiete salvas de ordenanza.

Poco después, el 23 de septiembre, dio comienzo mi breve actuación política acompañando como vicepresidente provisional a dos honorables generales de nuestro Ejército, Lonardi y Aramburu, y desempeñando, al mismo tiempo el cargo de Comandante de Operaciones Navales; cargos que dejé el 1° de mayo de 1958.

Mis aspiraciones personales no sobrepasaron nunca los límites de la Armada con la que soñaba desde los cinco años. Pero un llamado de mis camaradas, algunos de los cuales rodean esta mesa, una apelación de otros compatriotas de honrada voluntad y una profunda reflexión llevaron a mi conciencia republicana a la obediencia de un mandato irrenunciable haciendo que se alterase el rumbo de mi existencia.

Doy gracias al Todopoderoso por haberme inspirado y haberme conducido a tomar una decisión trascendente para mi vida, que me hizo intervenir en el destino de la Nación a la que he tratado de servir con el mismo fervor y lealtad puestos en los diversos cargos navales que antes me había tocado cumplir.

Guiado por las enseñanzas y ejemplos recibidos en mi hogar, en las aulas civiles, en los claustros de la Escuela Naval y teniendo fija la mirada en los jefes y superiores a cuyas órdenes había servido, así como en las grandes tradiciones de la Armada, cumplí una función política que no había buscado y la cumplí ejerciéndola como un acto más del servicio.

Si retrocediese treinta y un años atrás y se diesen las mismas circunstancias que se dieron en septiembre del año 1955 volvería a tomar la grave decisión que tomé en ese entonces.

## *Testimonios políticos*

Durante mi larga vida he sido testigo de muchos acontecimientos políticos notables.

Al morir el presidente Roque Sáenz Peña, en 1914 (propulsor del voto secreto, universal y obligatorio), asumió la jefatura del Estado el vicepresidente, doctor Victorino de la Plaza, hombre provinciano de origen muy humilde pero que había adquirido una sólida cultura. Su gobierno se caracterizó por la prudencia, el respeto a la Constitución. Nuestro país seguía progresando sostenidamente.

El primer gobierno nacional elegido bajo el imperio de la Ley Sáenz Peña fue en 1916. El presidente señor Hipólito Yrigoyen reprimió con firmeza los alzamientos y desmanes anarco-comunistas de enero de 1919 en la ciudad de Buenos Aires y, después, las tropelías cometidas en la Patagonia por bandas de asaltantes violadoras de los derechos civiles que garantiza la Constitución y del derecho a la vida.

Ese presidente mantuvo decidida y explícitamente la neutralidad argentina durante la Primera Guerra Mundial, sostuvo el honor nacional que había sido agraviado en el mar por grandes potencias como Gran Bretaña y Alemania exigiendo y obteniendo las reparaciones correspondientes.

No vaciló en expulsar de Buenos Aires al ministro plenipotenciario alemán que había herido el decoro de un miembro del gabinete nacional.

Pero también ordenó el retiro de la delegación argentina de la Conferencia de Ginebra por no accederse a su moción de que Alemania, vencida, también interviniese en dicha Conferencia de las Naciones.

La presidencia del doctor Marcelo T. de Alvear (1922-1928), se distinguió por el orden, la eficiencia y el respeto de la Constitución. Fue uno de los gobiernos constitucionales más constructivos que he conocido.

La segunda presidencia del señor Yrigoyen fue interrumpida en 1930. Yo era guardiamarina y estaba con licencia en Buenos Aires.

Desgraciadamente no se hicieron jugar los resortes constitucionales frente al notorio decaimiento de la persona presidencial. ¿Quiénes fueron los responsables? No las instituciones republicanas por cierto. Debemos concluir que fueron los hombres que las integraban y el influjo, por otra

parte, de ciertos vientos antiliberales y antidemocráticos que tenían sus fuelles en la Italia fascista y la Alemania nacionalsocialista.

El doctor José Nicolás Matienzo, distinguido constitucionalista, académico y ex ministro del presidente Alvear, en una de sus publicaciones titulada *La Revolución (de 1930) y la democracia argentina* expresaba: "Cuarenta años después de caído Juárez (Juárez Celman en 1890), sobrevivía todavía su sistema. Por eso ha sido necesario deponer a otro presidente; pero es mucho más necesario deponer al sistema que utilizaron ambos para establecer y desarrollar su *gobierno personal*". "Los que sólo miran la superficie de las cosas y los antecedentes inmediatos de los hechos, creen que el gobierno personal nace y muere con la persona que lo ejerce; pero los que examinan el fondo de los sucesos políticos y sus antecedentes lejanos, saben que esa viciosa forma del gobierno depende de causas más profundas, que radican en teorías erróneas aceptadas por la generalidad de los gobernantes y gobernados."

Y también dice en su estudio de los males que condujeron a la Revolución de 1930: "Es ofender a la Constitución y honrar inmerecidamente a sus violadores, imputar a deficiencias de ella lo que es culpa o negligencia de los obligados a cumplirla y hacerla cumplir, en su letra y en su espíritu". "Porque la Constitución —agregaba— no tiene la culpa del gobierno personal —que hemos visto repetirse— ni de sus excesos."

El señor almirante don Carlos A. Sánchez Sañudo escribió en "La Prensa" del 3 de marzo de 1980, al referirse a Partidos de Principios: "Resulta sumamente ilustrativo recordar que la primera convención de la Unión Cívica Radical, convocada en 1892 por el doctor Leandro N. Alem, sancionó el 17 de noviembre de ese año la carta orgánica del partido, declarando en el preámbulo que la Unión Cívica Radical era una «asociación política esencialmente *impersonal*, formada para luchar por el resurgimiento de la vida institucional, que asegure a la patria su paz y su progreso» y agregaba: «si los partidos de principios son necesarios en todo país libre para asegurar los beneficios de la civilización, la experiencia nos enseña que la falta de esos partidos en la República, ha influido mucho en los males del país». Esto, que es tan grave y que fuera denunciado hace noventa y dos años, hoy sigue teniendo la mis-

ma vigencia negativa que entonces. Yo que he visto actuar muchos gobiernos argentinos puedo afirmar que estamos muy lejos de haber alcanzado en el orden nacional y en muchas provincias la organización de partidos de principios como los reclamaba la carta orgánica de la Unión Cívica Radical. Y que, en largos y conocidos períodos los principios han sido reemplazados por el régimen personal—algunas veces autocrático— que condenaba el doctor Alem”.

De 1932 a 1938 dirigió los destinos de la República un gobierno constitucional presidido por un general culto, enérgico y emprendedor, Agustín P. Justo. El país progresó extraordinariamente y la política exterior condujo al estrechamiento de las relaciones internacionales (excluido el bloque comunista del que nos manteníamos apartados). En particular nos acercamos a las naciones de América, en primer lugar el Brasil.

Fue llevado, sin embargo, por ciertos arrestos estatizantes, pues se propuso adquirir el Ferrocarril Central Córdoba que pertenecía a una empresa de capitales privados extranjeros.

En 1938 otro gobierno constitucional presidido esta vez por el doctor Roberto M. Ortiz continuó dirigiendo la República. Desgraciadamente este ciudadano prudente, de buena voluntad y sinceramente democrático enfermó.

Jugaron los resortes constitucionales y fue reemplazado por el vicepresidente, doctor Ramón S. Castillo a quien, en mala hora, no se le permitió terminar su mandato, siendo derrocado, después de la muerte del doctor Ortiz, por el maléfico y trágico golpe de estado del 4 de junio de 1943.

Este golpe militar traía larvada la oblicua intención de un cambio sustancial y radical en la organización social e institucional de la Nación y es la raya de partida, neta y tajante, de la conmoción general que todavía padecen el Estado y la población argentina.

Como ocultar la verdad es la peor forma de mentir, no resulta posible ni moral callar que entonces comenzó el proceso dirigido por un coronel demagogo que dio principio al más crudo personalismo gubernamental que desembocó deliberadamente en la frustración republicana argentina y en nuestra prematura declinación política, social, económica, jurídica y militar.

Me tocó ser testigo lejano de las dos primeras guerras

mundiales. En víspera de la segunda estuve, ya casado, en Europa destinado a los torpederos tipo "Buenos Aires" que se construían en Gran Bretaña. Mi sueldo era de 82 libras esterlinas (entonces —1938— el peso era una moneda fuerte que se cotizaba en todos los mercados). Con la mitad vivía, primero en Glasgow y luego en Liverpool. La otra mitad la ahorraba y pudimos visitar tres veces el continente. Conocimos París, Hamburgo, Berlín, Viena, Colonia, Roma, Florencia, Venecia, Nápoles, Génova, Suiza y las Costas Azul y Ligur. Llegamos a Viena a los quince días de haberse producido la incorporación de Austria al Reich. Los vieneses caminaban con la cabeza gacha y en todos los rostros se notaba una expresión de tristeza. Durante un viaje en ferrocarril de Holanda a Berlín fuimos disimuladamente vigilados por un señor alemán que sólo al llegar a destino nos saludó en castellano y nos previno amablemente que disfrutásemos de nuestra estada en la capital del Reich pero que no nos manifestásemos en cuestiones políticas. En Alemania creían que yo era judío por mi nombre Isaac por lo que tuve que soportar varios desaires. No me llamaban por mi nombre completo sino "Herr Francisco Rojas". Insistía en rectificarlos pero ellos —no todos— no me llevaban el apunte. Como mi mujer se maquillaba el rostro, según lo hacía desde muy jovencita, fue agredida verbalmente por varias mujeres en Berlín y en Colonia. Como ella habla alemán les contestó según correspondía. En una ocasión el mozo de cordel que llevaba nuestro equipaje en una estación, la tranquilizó diciéndole: "Señora, no se preocupe, no les conteste; creen que usted es francesa". Por mi parte, no me molestaba en explicarles a los racistas que yo no era judío. No estaba dispuesto a ponerme al mismo nivel que ellos ostentaban irracionalmente y continuaba defendiendo mi nombre completo.

En Liverpool nos enteramos de los sucesivos viajes "apaciguadores" de Mr. Chamberlain al "Gran" Reich. Pero ya en los últimos meses de 1938, Gran Bretaña comenzó a tomar disposiciones de preparación defensiva militar. La artillería antiaérea hacía ejercicios casi todas las noches, a mi mujer le asignaron una careta antigás y concurría periódicamente a una escuela donde se le impartía instrucción para su uso. Los extranjeros del sexo masculino ocupábamos el último lugar en estas medidas preparatorias. A mí, ni me asignaron careta ni me dieron instrucción. Al-

gunos amigos militares británicos cuyas casas visitábamos nos aseguraban que la guerra era inevitable. Sin embargo, el gobierno británico se portó muy bien con nosotros. Pudo haber requisado el crucero "La Argentina" y los siete torpederos que finalizaban su construcción. No lo hizo. Pero nos advirtió que debíamos apresurarnos a traerlos a nuestro país. En 1939 todos esos buques se incorporaron a nuestra flota.

Uno de los resultados de la primera Guerra Mundial fue la modificación del mapa político de la Europa Central y Oriental, junto con la desintegración del Imperio Austro-Húngaro, la transformación del Imperio Alemán en República y el surgimiento de la Unión Soviética en lugar de la Rusia de los Zares. Al tiempo que declinaba el poderío del Imperio Británico crecía aceleradamente el de los Estados Unidos de América hasta llevarlos al rango de primera potencia mundial.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial y sus resultados convirtieron a los Estados Unidos en la nación líder del mundo libre pero, al mismo tiempo abrieron camino al expansionismo moscovita cuyo crecimiento político, militar e ideológico es la gran amenaza que se cierne sobre el planeta. ¿Hasta cuando será capaz el mundo libre de contener la marea marxista-comunista que no cesa de subir? No lo sabemos. Nuestro país, aunque alejado de los posibles teatros de operaciones bélicas, no dejará de sentir los efectos de una tercera conflagración mundial. Esta vez no podrá refugiarse en una cómoda y especulativa neutralidad como lo hizo en las dos grandes guerras anteriores. Por su historia, por los sentimientos de su población, por la hermandad americana, por el origen de su cultura, por su estilo de vida y por las raíces de la civilización a que pertenece tiene señalado, fatalmente, el camino a seguir. Y todos los argentinos debemos tomar conciencia de esto y de nuestros deberes irrenunciables para salvar la humanidad de su destrucción o de su esclavitud. Ya hemos conocido en carne propia los efectos del totalitarismo que, aunque a la "criolla", no por eso dejó de ser menos humillante y causante de la declinación nacional. La tercera posición es una situación híbrida y denigrante que no condice con la tradición argentina.

La lucha por la libertad es interminable. ¿O es que ya nos hemos olvidado de las hecatombes de Hiroshima y de

Nagasaki, de los millones sacrificados por el totalitarismo nazi en sus campos de concentración y de las conmociones anarcocomunistas que se produjeron en la Argentina en 1919 y 1920, así como de la guerra subversiva marxista de 1975-1982, vencida por las Fuerzas Armadas de la patria?

#### *Otros testimonios*

Conocí una Argentina ordenada, pujante, progresista, conocida y respetada en el mundo entero, ya que ocupaba sexto o séptimo lugar entre todas las naciones, ya sea en cuestiones políticas, sociales, culturales, económicas y militares. Hoy los papeles están trastocados. Figura cerca del cuadragésimo lugar, habiendo sido sobrepasada con creces por países como el Canadá, Australia, Nueva Zelandia, Sudáfrica, Japón, etc., encontrándose ubicada entre los países subdesarrollados de Latinoamérica, del Asia y del África. Por los años 1930 su potencia equilibraba al resto del de la América del Sur, incluido el Brasil. Hoy, esta nación nos ha sacado muchos cuerpos de ventaja habiéndose quebrado el equilibrio político que la pujanza argentina mantenía en esta parte del mundo.

Desde mi óptica de adolescente supe de la profunda alteración sustancial del mapa político del orbe; de la desaparición de imperios que parecían incommovibles, como el Austro-Húngaro y el Alemán fundado por Bismark en 1870; del trágico fin del Imperio Zarista y su reemplazo por el no menos régimen imperial totalitario comunista avasallador de comunidades europeas, asiáticas, africanas y americanas que podrían haber pertenecido al Mundo Libre, y opresor implacable de las libertades individuales reconocidas e impuestas constitucionalmente en los siglos XVII, XVIII y XIX.

Vi el nacimiento de dos regímenes totalitarios que atañeron a dos cultas y adelantadas naciones europeas: Italia por el fascismo y Alemania por el hitlerismo. Particularmente Hitler, psicópata y demagogo es el principal responsable de la segunda guerra mundial durante la que asesinó a más de seis millones de judíos, causó la muerte de cerca de veinte millones de hombres y la destrucción de valores morales, espirituales y materiales de inmensa magnitud. Hitler es el responsable directo de la proliferación del comunismo en el mundo entero.

Pasada la guerra, gracias a la férrea voluntad de hom-

bres insignes como Winston Churchill, vi el asombroso resurgimiento del pueblo alemán, el qué, en pocos años reruperó, a pesar del separatismo impuesto por el Soviet en dos Alemanias, el prodigioso renacimiento de la Alemania Federal, o del Oeste, mientras la Alemania "Democrática", o del Este (comunista) languidece indefinidamente. Todo esto lo he visto y palpado personalmente. El resurgimiento de la Alemania Occidental se debe, no tanto, a la ayuda norteamericana, cuanto al sistema de libertad y de libre iniciativa impuesto por sus autoridades y aprovechado por sus laboriosos e inteligentes habitantes para reconstruir su país fragmentado y alcanzar niveles de vida que son los más elevados del mundo.

Muchas más cosas importantes, buenas y malas pasaron en el mundo. Mientras tanto en la Argentina ocurrió un fenómeno político de enorme trascendencia, que es el origen de nuestra prematura y muy lamentable declinación como sociedad organizada.

En 1943 fue derrocado el gobierno constitucional por un golpe palaciego-militar que traía larvado pero vigoroso el sistema totalitario de esencia nazi-fascista inspirado por un coronel demagogo de cultura primitiva, carente de todo escrúpulo llamado Juan Domingo Perón.

Pisoteó nuestra Constitución Fundadora, estatuto a cuyo amparo se había realizado el "milagro argentino" desde su promulgación, en 1853. Embaucó a las masas. Mintió al pueblo día tras día. Encarceló a sus opositores. Promovió el exilio de muchos de ellos. En suma: reemplazó el sistema social de la libertad por otro: un totalitarismo "a la criolla", inspirado en la ideología nazi-fascista que acababa de ser derrotado tras un inmenso holocausto que puso fin con las horrorosas masacres de Nagasaki e Hiroshima en el Japón.

Nuestro hasta entonces floreciente país, poblado por habitantes no separados por sectarismos ideológicos comenzó a declinar ostensiblemente, agotó sus reservas del tesoro público en compras insensatas que sirvieron para que muchos partidarios del tirano semiculto se enriquecieran. La población se dividió en dos bandos política y moralmente irreconciliables: los peronistas y los "contreras". Terminó el pujante crecimiento de la Nación Argentina.

En 1955 (septiembre) una Revolución cívico-militar

terminó con el gobierno autocrático peronista pero no pudo remover las raíces profundas que se habían incrustado en la carne y en el espíritu de gran parte del pueblo argentino. Todos los gobiernos que sucedieron al de la Revolución Libertadora a partir del 1° de mayo de 1958, comenzando por el constitucional del doctor Arturo Frondizi y continuando hasta hoy por el del doctor Raúl R. Alfonsín trataron de hacer olvidar los crímenes de lesa patria cometidos por el sistema peronista o justicialista. Se trataba de "redimir" al sistema buscando los votos de sus adictos que habían quedado sin su jefe refugiado en el extranjero disfrutando de la enorme fortuna que había robado a la Nación Argentina y a su pueblo, peronistas y no peronistas, salvo, por supuesto, los paniaguados.

El gobierno del doctor Frondizi cayó víctima de su propia traición a los principios morales y políticos de la Revolución Libertadora. El gobierno del doctor Arturo Illia, un hombre probo pero con falta de visión a pesar de sus buenas intenciones, cayó bajo los golpes de un movimiento militar que odiaba al liberalismo. En 1973 regresó el sistema peronista. El pueblo nada había aprendido. Cuando Perón murió el 1° de julio de 1974 fue reemplazado por su tercera esposa, una mujer ignorante de antecedentes nada honorables. La Argentina tuvo que transitar por este nuevo bochorno que el mundo contemplaba azorado.

En 1976 un golpe militar justificado libró a nuestro país de esa vergüenza nacional.

Este gobierno militar tuvo a su cargo librar a la Argentina de las garras del marxismo revolucionario. El país le debe esta acción resuelta y salvadora.

Mientras tanto el partido dictatorial cobraba alas nuevamente, como en 1972/73 e intentó llegar al poder por las urnas. No lo logró. Pero accedió un gobierno llamado radical presidido por el doctor Raúl R. Alfonsín, militar frustrado que ha desplegado todos los esfuerzos posibles para debilitar y desprestigiar a las Fuerzas Armadas que salvaron a la nación de la ruina.

Este gobierno carece de capacidad para conducir a la Nación. Ha dado entrada al sindicalismo en la función política. No acierta a recomponer la economía, vulnera el derecho sistemáticamente, aprueba proyectos disparatados como el traslado de la Capital Federal y la reforma de la Constitución Nacional. Poco a poco la Argentina se va

sumergiendo más y más en la pobreza, el atraso y el desorden. La población masiva está llegando a extremos insostenibles de necesidad. Los robos y asaltos está a la orden del día. La moral media de la población ha descendido a límites bajísimos.

La situación no se mejora con discursos, viajes ni campañas electorales. Hay que ponerse a gobernar y a resolver los grandes problemas nacionales.

### *Mi propio hogar*

A partir del año 1933 mi vida sufrió un cambio muy importante y trascendente para el resto de mi existencia. Mientras pasaba los inviernos en Buenos Aires realizando los trabajos de gabinete posteriores a las campañas de campo y de mar hidrográficas en la Isla de los Estados, estreché relaciones con la familia de Sánchez-López ligada a la mía por una antigua amistad y vínculos de sangre que se remontaban a mis tatarabuelos maternos.

Siendo ayudante secretario del Comandante en Jefe de la Escuadra de Ríos, contralmirante don Dalmiro Sáenz, casé con Lía Edith Sánchez López el 19 de agosto de 1936.

Los Sánchez pertenecían a una antigua familia correntina. Samuel Sánchez, padre de Lía Edith, era médico militar y su padre, el ingeniero geógrafo Zacarías Sánchez era un distinguido funcionario de nuestra Cancillería que había trabajado intensamente en las regiones limítrofes con Chile y Bolivia.

Los López también provenían de la misma provincia y de Entre Ríos, y también eran mis antecesores.

Fui destinado al torpedero "Santa Cruz" que, junto con otros seis y el crucero "La Argentina", se construía en Gran Bretaña. Allí pasamos, todavía sin hijos, el año 1938, siendo testigos de los prolegómenos públicos de la Segunda Guerra Mundial y de las señales que presagiaban la horrenda hecatombe. El gobierno de Gran Bretaña pudo haber requisado los ocho buques. Pero no lo hizo permitiendo, por lo tanto, el reforzamiento de nuestro poder naval.

Con el grado de teniente de fragata instalamos nuestro hogar en un departamento de la calle Austria y Santa Fe perteneciente a un edificio recién construido. Pronto llegaron los tres hijos, en sucesión cada dos años: Gustavo

Adolfo (que sigue mi carrera), María Teresa y María Lía, los que, a su tiempo nos dieron siete nietos: Gonzalo, Nicolás, Federico, Diego, Ximena, Lía Belén y María Eleonora. Gonzalo está por cumplir 22 años y María Eleonora acaba de alcanzar los cinco. Somos muy unidos y todos saben que la casa paterna de la calle Austria es el hogar común de grandes y chicos y el refugio de los problemas que hay en todas las familias.

Dios hizo de nuestra casa un hogar feliz en cuyo seno, todas las preocupaciones, trabajos y golpes que va depurando la vida en su continuo fluir, han sido afrontados con paciencia, prudencia, reflexión, perseverancia y dedicación, mucho más por mi esposa que por mí, debido a mi carrera y al sesgo que tomó mi vida pública.

Tuve la dicha de encontrar en ella, además de una mujer de fina sensibilidad espiritual una compañera inteligente, culta y de fina sensibilidad artística que en los momentos cruciales de mi vida se interesó por mis problemas, compartió mis preocupaciones y me aconsejó con singular prudencia, acierto y penetración. A ella le debo casi todo lo que he logrado en la vida.

Llegaron los días en que los hijos fueron dejando la casa paterna.

Desde entonces ella viene llenando sus horas libres con la lectura, disfrutando de la música, que es su pasión, y visitando cuanto museo y exposición hay en Buenos Aires. En nuestra casa sólo reina el silencio durante las horas del sueño. Hay música corrida y libros por todas partes.

En el año 1942 falleció mi madre terminando santamente en brazos de mi hermano Carlos y de su esposa Susana, una vida de sacrificio ejemplar. Su madre Zelmira vivió tres años más, y su hermana Zelmira alcanzó la avanzada edad de 93 años. Mi hermano mayor, el coronel Aurelio Adolfo, murió en 1967. El padre de mi esposa en 1949. Su madre, una señora muy linda y vital, en 1984. Y así, el pasado físico, corpóreo, va desapareciendo paulatinamente, generación tras generación, dejándonos recuerdos imborrables y ejemplos edificantes.

### *Mis amigos*

Al terminar el Gobierno Provisional presidido por el general Pedro Eugenio Aramburu, del que fui vicepresidente

dente desde el 23 de septiembre de 1955 al triunfar la Revolución Libertadora con la primera presidencia provisional del general Eduardo Lonardi, fui ascendido al grado de almirante en marzo de 1958 de acuerdo con el proyecto de ley enviado al Congreso por el presidente constitucional, doctor Arturo Frondizi, que había asumido el 1º de mayo de ese mismo año. La ley fue sancionada por unanimidad por ambas cámaras y promulgada inmediatamente. Al mismo tiempo y en la misma forma fueron promovidos a teniente general los generales de brigada Pedro Eugenio Aramburu y Arturo Ossorio Arana. De manera que durante toda mi gestión como vicepresidente provisional me mantuve en el grado de contralmirante por propia determinación, porque entendí que era mi deber dar un ejemplo de desinterés personal desde la cúspide del poder público, especialmente a la oficialidad. Aramburu y Ossorio Arana me acompañaron en esta actitud que mantuve inflexible.

Al pasar a situación de retiro en septiembre de 1958, seguí manteniendo la amistad y cultivando el contacto con los hombres civiles a los que me había vinculado durante el corto período del Gobierno Provisional (dos años, siete meses y quince días).

### *Mis médicos y mis amigos*

Cuando contaba dos años me operó de una hernia inguinal el doctor Squazzini. Aunque mi vida consciente comenzó exactamente en diciembre de 1910, recuerdo aquel trance y a mi padre llevándome en brazos para que me examinase el médico, y su paciencia para soportar mis berridos, y a mi madre contemplando angustiada la escena. Otros, que ya han muerto, fueron: Eugenio Galli que con Samuel Sánchez (luego mi padre político) me examinaron en 1930 y me aconsejaron la extracción del apéndice. No les hice caso y en 1956 sufría un ataque de apendicitis. Me operó el médico naval doctor Ciriaco Cuenca. Aquellos experimentados clínicos (Galli era también cirujano) no se habían equivocado. Un apéndice retrocecal me inflamaba el hígado y me tuvo sufriendo más de veinte años. El doctor Badía me corrigió el pie plano para poder ingresar a la Escuela Naval. El doctor Alfredo Pavlovsky, especialista en hematología, me atendió de la sangre. También me atendieron el profesor Egidio Mazzei y los doctores Pedro Cos-

sio y José Morán.

Mis amigos son innumerables. Por eso es que no puedo nombrarlos a todos porque, con seguridad omitiría muchos. Pero quiero citar algunos que ya han muerto y que ya son legendarios: el general Benjamín Menéndez, los almirantes Héctor Vernengo Lima, Leonardo Mc Lean, Ernesto Basílico, José Antonio Dellepiane, Saadí Bonnet, el general Carlos Severo Toranzo Montero, los almirantes Arturo Rial y Mario Robbio Pacheco, y los capitanes Antonio Rivolta, Alberto Antonini y Rafael Palomeque, entre otros, así como los señores Jorge Luis Borges, Jorge García Venturini, Alfonso de Laferrère, Alberto Gainza Paz, Justiniano Allende Posse, Carlos Adrogué, Zelmira Paz, y Victoria Ocampo, entre muchas damas y caballeros.

Y aunque la lista dista muchísimo de estar completa, quiero cerrarla aquí, con el nombre venerado del "Obispo de la Libertad", monseñor Miguel De Andrea cuya salud vi declinar y asistí a sus casi últimos momentos con infinita tristeza.

Aquí, debo hacer referencia a los médicos que me trataron desde muy pequeño porque ellos apuntalaron mi organismo y algunos han prolongado mi existencia. Sería ingratitud olvidarlos. Los recuerdo a todos pero tampoco puedo nombrarlos porque son una legión. Citaré al doctor Osvaldo Fustinoni, aquí presente que, además de ser mi amigo es mi médico y el de mi esposa. Él representa dignamente a todos los demás los que me han ayudado alcanzar esta avanzada edad. Pero es justo que cite a los doctores René Favaloro que me puenteó las coronarias, a Ciriaco Cuenta que me extrajo el apéndice retrocecal, a Alberto Baila que me extirpó la vesícula biliar, a Alfredo Pavlovsky, a Carlos M. Mazzei, a José Paunessa, a Jorge Games, a Egidio Mazzei, a Roberto Luis Brianceschi, a Pedro O. Bolo, al doctor Coronel, entre muchos otros, algunos de los cuales me perforaron la piel y conocen mi anatomía por dentro. Odontólogos, dietistas y fisioterapeutas podría mencionar muchos. Pero la lista sería interminable. A todos mi más profundo y sentido agradecimiento.

#### *Otras actividades*

Nunca abandoné a mis amigos y camaradas de la Armada de la que sigo a su servicio aunque esté retirado. Viajé

mucho, acompañado de mi esposa, por Europa, los Estados Unidos, Asia y África.

Asistido por hombres patriotas y estudiosos me ocupé de los problemas de la Cuenca del Plata y de la soberanía argentina en los territorios australes, logrando, bajo la acuciante inspiración del doctor Ernesto Fitte, despertar el interés de muchos compatriotas de esta ciudad y del interior.

Hemos recorrido todo el ámbito nacional, desde Humahuaca hasta Ushuaia y desde Chos Malal hasta Bernardo de Irigoyen en Misiones.

Cuando nuestro país perdió la batalla por nuestras aguas interiores en 1979, y por los territorios australes en 1984, nos retiramos a cuarteles de invierno. Estamos callados pero no silenciados, porque sabemos que nos asiste la razón, y que contra toda ella y la justicia los poderes públicos de esos años han inferido profundas heridas al decoro nacional, han enajenado porciones de nuestro patrimonio territorial y han comprometido seriamente el interés geopolítico y estratégico de la República.

Los hechos nos dan la razón. Pero el daño ya se ha producido. Esperamos que la opinión pública despierte de una vez y que se interese por el bien común a fin de que éste no siga siendo objeto de un manejo discrecional por el poder público de turno como lo ha sido hasta ahora en los casos territoriales que he citado.

Tengo el alto honor de ser miembro de número de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, de la Institución Mitre y, desde esta noche, miembro honorario de la Institución Alberdi. El Jockey Club y el Círculo de Armas me han distinguido con la designación de socio honorario. También pertenezco al Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, al Instituto Browniano y a la Liga Naval Argentina, así como al Centro Naval, al Círculo Militar y al Centro de Oficiales de las Fuerzas Armadas, entre otras entidades sociales.

### *Otros testimonios*

Ya he dicho cómo y cuándo fuimos al cine por primera vez. Durante muchos años veíamos el "cine mudo". Mientras pasaba la película, un pianista ejecutaba música. En ciertos momentos, según lo requería la acción proyectada,

aporreaba furiosamente el teclado o ejecutaba lánguidas melodías. Se programaban tres funciones de por lo menos dos cintas cada una: la matiné, de 15 a 18 horas, la vermouth, de 18 a 21 y la nocturna.

En los cines de barrio la función costaba 20 centavos. En los del centro, algo más.

A mediados de la segunda década del siglo el cinematógrafo sufrió una profunda transformación. Dieron comienzo las grandes producciones de verdadero cine, no ya de teatro filmado (como lo eran las películas de la italiana Lida Borelli, etc.). Vi, sucesivamente, "El expreso perdido", "El nacimiento de una nación", "Civilización", "Intolerancia", "La reina de Saba", etc., todas ellas de sello americano y del gran productor Griffith, entre otros.

Desde esos años el cine (o biógrafo como lo llamábamos entonces), se convirtió en una distracción habitual y popular hasta nuestros días.

Presencí el pasaje del cine mudo al parlante y al sonoro, casi simultáneamente, con "Las bañistas" de Max Sennet, "El cantor de jazz" con Al Johnson, "La divina dama" (Lady Hamilton y el Almirante Nelson), con Vivian Leight y Lawrence Olivier, etc., etc.

En la tercera década oímos en Buenos Aires las primeras transmisiones radiotelefónicas con los receptores a galena. Fueron sus iniciadores los señores José Guerrico, Telémaco Sussini y Miguel Mugica con la transmisión de Parsifal desde el teatro Coliseo. En 1923 esperaba llegar a casa desde la Escuela Naval para oír las transmisiones con un rudimentario receptor a galena. Luego aparecieron los equipos a lámparas y por último los transistores de la actualidad.

En la segunda década vi los últimos faroles a gas de Buenos Aires y el paso a la iluminación eléctrica, pública y domiciliar. Antes había visto, por supuesto, la iluminación doméstica a lámparas de kerosene y su substitución por las de gas.

Cuando era niño presencié varias veces tupidas mangas de langostas voladoras que se posaban sobre extensos barrios de Buenos Aires; y no solamente en los espacios verdes sino también en lugares céntricos muy edificadas. Eran la pesadilla de los hombres de campo y de los ministros de Agricultura. Desaparecieron allá por el año 1923 después de la acción concertada con países limítrofes y de intensas campañas periódicas.

Viví intensamente en las épocas de los tranvías eléctricos que corrían por toda la ciudad. Pude ver los últimos acoplados que en la jerga popular se llamaban "cucarachas" y llevaban asientos corridos transversales. Asistí a la inauguración de los primeros subterráneos de nuestra capital (1915), de los primeros ómnibus y de los primeros colectivos.

Vi cambiarse el pavimento de adoquines de granito por los de madera, y después el empleo generalizado del asfalto. Vi desaparecer los mingitorios públicos de algunas calles porteñas al estilo de los parisienses de principios del siglo.

Asistí a revistas de coristas de madame Rasimi y me divertí mucho con los espectáculos teatrales de Florencio Parravicini, Sofía Bozán, su hermana Olinda, Pepe Arias, Angelina Pagano, los Podestá y tantos otros excelentes actores. Vi actuar el circo de Frank Brown y visité todos los "cabarets" de mis años de juventud.

En el teatro Colón me deleité escuchando a Lily Pons en su inimitable "Lucía de Lamermoor" y "Lackmé", a Claudia Muzio interpretando a Violeta en la famosa "Traviata" y a tantos otros divos y divas, inclusive a Toscanini dirigiendo la ejecución de las nueve sinfonías de Beethoven en 1941.

Leí, asombrado, el lanzamiento de las primeras aeronaves espaciales y me sobrecogí de admiración mirando la luna en la que había puesto el pie, por primera vez, el ser humano.

Tomé conocimiento de los avances científicos y técnicos en energía nuclear, cibernética, electrónica y computación. En medicina supe cómo se atacaba exitosamente la tuberculosis, la sífilis, etc., y los avances en contra del cáncer. Personalmente, sentí muy aliviada mi existencia que estaba amenazada por el bloqueo de mis arterias coronarias. El doctor Favalaro me las reemplazó por otros vasos extraídos de mi propio organismo.

En 1966, ya retirado, fui pasajero de uno de los últimos transatlánticos que hacía la travesía Río de la Plata-Europa. Poco después fueron reemplazados por buques de carga, únicamente con camarotes para unos pocos pasajeros. En uno de estos barcos hice otro viaje a Europa en 1980.

En 1981 hice con mi esposa una travesía Londres-Hong Kong en ferrocarril cruzando Francia, Alemania, Polonia, Rusia hasta el lago Baikal, Mongolia y la China.

De ida, 42 días en tren y escalas en París, Berlín, Varsovia, Moscú, Irkutsk, Ulán-Bator y en seis ciudades de China. De regreso, Hong Kong-Londres, 18 horas con una breve escala en Arabia. Un índice del formidable progreso de los transportes planetarios de un siglo al otro.

En el año 1966, y gracias a la generosidad de algunos amigos como Ernesto Zavalla, Alberto Mercier, Marcelo Lernoud, Carlos Alberto Camuyrano y Eric Sculler pude viajar a Europa, como ya lo he dicho, visitando Gran Bretaña, Suecia, Noruega, Dinamarca, Alemania, Italia, Bélgica y Francia.

Posteriormente, en 1974, pasé seis meses con mi esposa en Bremen, acompañando a nuestro hijo Gustavo Adolfo, oficial de marina que estaba destinado en la Comisión Naval Argentina en Alemania. Conocimos gran parte de Alemania Federal, Suiza, Finlandia, Austria, España, Yugoslavia, Checoslovaquia, Italia, Sicilia, Grecia. Regresamos a la Argentina atravesando el África desde El Cairo hasta Ciudad del Cabo, deteniéndonos en varios países del camino en reservas de fauna salvaje, en las cataratas de Victoria y en el río Zambeze. El adelanto de la República Sudafricana es admirable. Al regresar a nuestro país en julio de 1974 notamos el notable atraso argentino con respecto de las naciones del Mundo Libre. La Argentina se parece mucho más a los países de la órbita comunista, tal es el grado de decadencia en que estamos sumergidos desde que comenzó la segunda tiranía en 1943, sin que hasta el presente nos hayamos podido desprender de los lastres colectivistas, dirigistas, corporativistas y socialistas que nos infundió profundamente ese régimen oprobioso y retardatario.

### *Final.*

La República Argentina está pasando por una profunda crisis, que creemos es, si no la más, una de las más graves de su historia. En el pasado supimos vencerlas.

Pero no es la única nación que ha sufrido grandes y dolorosos tormentos.

Todos hemos leído nuestra historia y conocemos la de otros países.

Bien sabemos que nuestros padres y abuelos supieron

resistir los reveses, afrontar los infortunios, juntar fuerzas y debilidades y ayudar al hogar común, que es la Patria, a emerger de las vorágines guerreras y de las conmociones internas legándonos a nosotros, los actuales argentinos, un país admirable.

Citaré nuevamente a Ortega y Gasset. Él nos dice: “(En) los pueblos nuevos... no es la comunidad anterior, pretérita, tradicional e inmemorial —en suma, fatal e irreformable— la que proporciona título para la *convivencia política*, sino la comunidad futura en el efectivo hacer. No lo que fuimos ayer, sino lo que vamos a hacer mañana juntos, nos reúne en Estado”.

Entonces, los padecimientos y los triunfos del pasado no hemos de esgrimirlos para permanecer estáticos y mirando lo que ya quedó atrás. No quiero decir que los olvidemos, pues la historia es la experiencia vital de lo que nos ha pasado, como decía García Venturini, y el recuerdo instructivo de lo que a otros les ha pasado. No olvidaremos sus enseñanzas para no repetir errores y para aplicar recetas de probada eficacia y de verdad científica que acuna la “democracia liberal y la técnica” tal como lo afirma el filósofo autor de *La rebelión de las masas*. Estas recetas no han de inmovilizarnos.

No hemos de ponernos a llorar los dolores de la Patria. Nuestros jóvenes compatriotas, los que han de enterrar nuestros huesos, no deben ver en los viejos como yo expresiones de debilidad. Esta sí que es una lección válida que recibimos de los fundadores de la Patria, los defensores de su honor y los artífices de su grandeza.

En estas horas cargadas de ansiedades, que pueden convertirse en presagios, que no los deseamos, la consigna no puede ser otra para reconstruir la República que *coraje en unión y libertad* infundida en todos los corazones que reclaman sepultar todos los rencores y marchar hacia adelante para hacer las cosas que se dejaron de hacer y corregir con determinación las que se hicieron mal. Pero ello no se logrará de cualquier manera sino a través del “sistema” de que hablaba Matienzo, impecablemente institucionalizado en la Constitución liberal y científica de 1853, según la interpretaron sus redactores y no quienes hoy quieren reformarla irracional e irresponsablemente, sin antes haberla cumplido.

Un ilustre pensador y escritor francés dijo hace unos

años: "La Argentina es la gran desilusión de estos tiempos". Merecemos este certero juicio, después de habernos hecho acreedores, a fines del siglo pasado y en las primeras décadas del que corre, del honroso calificativo de "milagro argentino". ¿Qué ha pasado para haber sufrido tan tremenda inversión en nuestro proceso evolutivo? Simplemente, el haber abandonado, a partir del año 1943 el orden social de la libertad que se institucionalizó en 1853-1860, por una organización autoritaria acuñada según las ideologías totalitarias nazifascistas desterradas de Europa occidental al finalizar la Segunda Guerra Mundial. No hemos sabido aprovechar esas sabias lecciones que, por otra parte, habían producido, anteriormente, el "milagro argentino". Y todavía hoy no hemos sido capaces de desprendernos de los mandatos de índole autoritaria y arbitraria que conducen nuestra economía, en notoria decadencia (similar a las de las naciones del Este europeo que yo conozco porque las he visitado) y nuestras instituciones, resabios, firme y profundamente arraigados del sistema totalitario implantado en la Argentina a partir de 1943.

La bandera tiene que ser una sola, la de Belgrano, pero enarbolada adelante y no atrás. Esta es la que siguieron San Martín, Brown, Alvear, Mitre y tantos otros en los campos de batalla frente al enemigo común de los viejos tiempos. La única que inspiró a Alberdi, Sarmiento, Mitre otra vez, Urquiza, Avellaneda, Roca, Alem, Sáenz Peña, Hipólito Yrigoyen, en diversas etapas de la vida nacional para organizar la joven nación, consolidar su unión en libertad y proyectarla triunfante hasta el puesto de avanzada que exhibía en mis años mozos. Mucho coraje se necesitó para realizar lo que entonces se reconoció como el "milagro argentino".

Un historial nutrido nos enseña que nuestra Nación está fundada sobre sólidos cimientos. Lo prueba ese citado "milagro" que tanto nos enorgulleció a los que lo vivimos y conocimos y la increíble resistencia que todavía ofrece a tantos embates demoledores repetidos una y otra vez, frutos de engañosas ilusiones algunos, que no se han convertido en realidades provechosas, y otros como resultado de perversiones intrínsecas. Porque el totalitarismo siempre lo es, y éste lo hemos padecido.

Debemos reconocer con humildad que el tejido social argentino está seriamente dañado hasta un grado de debilidad tal, que lo torna poco menos que incapaz de soportar

el propio peso de la nación organizada. Es urgente que el entramado de este tejido se recomponga sobre la base insustituible de la reacción de la moral media hoy tan lesionada. No hay otro camino civilizado para que todos los hombres y mujeres de nuestra tierra y el mismo Estado conformen nuevamente un conjunto dinámico y progresista como corresponde a la raza, su geografía, su cultura y todas las brillantes posibilidades que ellas nos presentan y nos impulsan a recomponer el orden social de la libertad.

Otras consignas pueden conducirnos a organizaciones extrañas al verdadero sentimiento argentino, el que está iluminado por el pensamiento inteligente y moral reflejado en la Constitución fundadora de 1853.

Unión y coraje en libertad ha de mantenernos a los argentinos en la parte del mundo a la que pertenecemos por nuestros orígenes, historia y cultura y por el destino que queremos para nuestra Patria: seguir perteneciendo como componente legítimo y activo al Mundo Libre de Occidente, cualquiera sea la latitud y la longitud en que estén situados sus otros integrantes, de cuya afinidad no nos es permitido renegar sin traicionarnos a nosotros mismos, es decir a la Civilización Occidental y Cristiana.

Y al decir "cristiana" no excluyo a naciones como Japón e Israel donde el cristianismo no es predominante.

Unión y coraje en libertad ha de infundir en todos los argentinos, sin exclusiones, la esperanza de un futuro venturoso, digno y perdurable. Pero esa esperanza ha de movilizarlos hacia adelante hasta alcanzar el grado de convivencia pacífica que nuestros mayores tuvieron como objetivo y que nuestras infidelidades muchas veces ininterrumpidas al gran pacto social de 1853, nos apartaron de aquel objetivo ante el asombro del mundo hoy sorprendido, y con razón, pero por motivos opuestos a los que nos destacaron en las primeras décadas del siglo.

Unión y coraje en libertad, sin olvidar el orden, han de evitar que nos vayamos frustrando cada uno de nosotros, y que se detenga la caída de esta Nación, lanzándola hacia arriba como ya ocurrió aquí y en otras tierras. Los ejemplos están a la vista.

Resulta imperativo terminar con el sistema populista y dirigista en el que estamos sumergidos.

Estos son mis votos que deposito a los pies de la Patria en los últimos tramos de mi vida, orgulloso del gentilicio

que me une a todos mis compatriotas y con el sentimiento de no sentirme más que ninguno de ellos por mi amor a esta tierra que es nuestro hogar común.

Las lecciones que he recibido durante mi vida me fueron enseñando mis derechos, es cierto, pero al mismo tiempo, y sin olvidar ninguna, me fueron inculcando todas mis obligaciones, las que he tratado de cumplir como integrante de la familia, oficial de la Armada y, fundamentalmente, como ciudadano de la República.

He de terminar estas palabras agradeciendo al doctor Alberto Mercier las sentidas y afectuosas palabras que acaba de dirigirme en nombre de mis amigos, al señor presidente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas las que ha pronunciado tal elocuentemente en nombre de dicha Institución, al señor contralmirante don Jorge Julio Alejandro Palma las que ha dicho como presidente de la Comisión Ejecutiva de este agasajo inolvidable que tanto me enorgullecen y al señor escribano don Marcos Dominis Rossi las tan afectuosas y cálidas que ha pronunciado en nombre de un grupo de colaboradores directos muy cercanos a mi persona. Gracias, asimismo, por la lindísima bandeja que me habeis obsequiado todos y por el espléndido reloj de mesa que me han ofrendado el grupo de colaboradores voluntarios que están a mi lado desde cerca de diecisiete años y a quienes tengo muy cerca mío casi todos los días y en el corazón permanentemente.

También deseo agradeceros en nombre de mi señora, la finísima cartera y las espléndidas flores con que habeis querido asociarla a esta tan simpática y viva demostración.

Muchas gracias una vez más, mis queridos amigos y amigas entre los que veo sentados a los seres que más quiero en el mundo: mi esposa, nuestros hijos y nietos y otros seres de mi sangre.

Por último mi corazón se estremece al ver en una larga mesa a jefes y oficiales de Marina, que fueron mis cadetes en las jornadas inolvidables de septiembre de 1955.

Muchas gracias a todos.